

ESTUDIO SOBRE LA TRISTEZA

Jorge Alfonso Chávez Gallo



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

ESTUDIO SOBRE LA
TRISTEZA

ESTUDIO SOBRE LA TRISTEZA

Jorge Alfonso Chávez Gallo



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

ESTUDIO SOBRE LA TRISTEZA

Primera edición 2018 (versión electrónica)

© Universidad Autónoma de Aguascalientes
Av. Universidad 940
Ciudad Universitaria, C.P. 20131,
Aguascalientes, Aguascalientes, México
www.uaa.mx/direcciones/dgdv/editorial/

© Jorge Alfonso Chávez Gallo

ISBN 978-607-8652-32-7

Ilustración de portada: Tavo Montañez [tavomontanez.com]

Hecho en México/*Made in Mexico*

[...] tengo, entre huesos, triste el alma.

Rubén Bonifaz Nuño
(Las alas del tigre, 31)

Considerando también
que el hombre es en verdad un animal
y no obstante, al voltear, me da con su tristeza en la cabeza...

César Vallejo
(Póstumos)

En la tristeza, en la que el pulso es tenue y lento,
y en la que se sienten como unos lazos alrededor del corazón
que lo estrangulan, y unos carámbanos que lo hielan
y comunican su frialdad al resto del cuerpo...

René Descartes
(Passions de l'ame, art. 100)

A la memoria de Jorge Alfonso Chávez Díaz,
mi padre, que supo reír hasta el final.
Y a mi madre, Delia Gallo Aguilar,
que aprende a vivir una vez más.

ÍNDICE

ESTUDIO. Prólogo	13
PRIMERA PARTE	15
SEGUNDA PARTE	31
Adenda	49
El aire (apunte)	59

ESTUDIO

PRÓLOGO

*L*a felicidad pura,
la simple y llana felicidad,
es inaccesible al hombre;
sólo los perros y los gatos,
los ratones y las aves,
los niños más pequeños
viven con ella al lado,
puesto que lo ignoran.
Si llegaran a saberlo,
como en el mito
del hombre primigenio,
se sonrojarían
(pues no es posible
saberse feliz
sin sonrojarse).

Es serena la felicidad
de los inocentes:
sin risotadas y sin fiestas

y sin alborozo;
el hombre celebra,
baila y canta y se estremece,
porque quiere olvidar y disolverse
en la gozosa bestia silenciosa.

Dura un instante apenas,
la felicidad
pura y callada,
en el pecho del hombre,
pues no puede ignorarla cuando estalla.
La descubre entonces
en la tensión vibrante de sus venas,
el calor agitado en sus pulmones,
la violencia muscular que lo impulsa...
y se entristece
porque sabe también
que no pueden sus manos retenerla,
que se le cae,
que la ha perdido:
el polvo que ruge
batiéndose contra sí mismo,
el polvo que se yergue en remolino,
eso es el hombre,
y es por ello su sino la tristeza.

PRIMERA
PARTE

De repente
una tristeza anónima
se detiene
sobre mis párpados
y me socava.
Parece mía,
pero me miro a los ojos
y la desconozco.

Lo digo
para escucharlo de mi voz
e intentar así reconocermé en ella,
porque esta tristeza me enajena.
Estoy triste,
pero sin ser yo:
como si hubiera muerto y me extrañara,
como si aún quisiera recordarme.

*L*a tristeza no es otra cosa
que nuestra sombra en el espejo.

(Hemos caminado
tantas veces
por los mismos caminos hoyados;
hemos visitado
tantas veces
las mismas ruinas a diario,
que el sol no nos sorprende ya
cuando amanece
y la lluvia no nos moja ya
la memoria cansada).

La tristeza no es más
que nuestros ojos exhaustos
y la luz dormida
sobre las pestañas.

(Hemos visto
tantos rostros
blandiendo su dolor a carcajadas,
tantos vasos de sueño derramado
bajo nuestros pies descalzos,
que los dientes de la noche
nos carcomen el hambre
a cada bocado
y una solitaria nube
siempre se atraviesa muda
entre el aire y el día que nos alumbra).

No es nada más
esta tristeza
que el aire conturbado en los pulmones.

¿Puede obnubilarnos la tristeza?
Puede quizá,
pero no quiere.
Volveríase ella misma sanguijuela,
miserable y lánguida,
brumosa y lastimera.
No, lo mismo que la alegría más pura,
ella también ansía clarividencia:
que no se oculte tu ausencia, por ejemplo,
con la pelusa y con el polvo en los rincones sombríos
(bajo la cama,
entre zapatos viejos,
detrás de la puerta que nunca se cierra...),
sino que acompañe prudente los platos en la mesa
y el ardor en el vientre,
que caiga minuciosa con el agua de la ducha,
que acompañe, moviendo lentamente la cabeza,
la música que suena en mi memoria o en el radio;
o que no nos abrume la calle con su ruido mendaz y ronco,
sino que exhiba su vaivén estéril de cuerpo agusanado;
que el hambre que se arrastra en las aceras
no se esconda bajo el brillo falaz de unas monedas,
sino que tiña de vergüenza nuestros lustrosos dientes;
que no muera, nada más, el perro atropellado,
sino que gima su dolor embadurnado en nuestros ojos insomnes.
No,
ella nos quiere lúcidos,
atentos al reloj que nos aherrumbra con acribia,
y a los vítores a la estulticia
y a la inercia ciega y sorda
que alimenta a los hombres
casi siempre.

*H*ay que darle su lugar a la tristeza, carajo.
Todos voltean al otro lado cuando ella,
discreta y tímida, se acerca.
Todo mundo le da con la puerta en las narices
sin darse cuenta de que
ella volverá sin hacer ruido
pero con insistencia,
paciente y tenaz como es.
Quizá sólo se quede al lado de uno o a la espalda,
de pie,
cerquita,
sin decir nada,
sin mirar siquiera,
y su presencia será cada vez más contundente en su mutismo,
como oquedad que brama.
Su asistencia taciturna a cada uno de nuestros pasos
irá nublando nuestros gestos;
gravitará la atención cada vez más en torno a ella;
cada palabra dicha
y cada risa
llevarán una sombra somera
y sin embargo onusta;
la luz se volverá lapídea paulatinamente
y los gusanos de los muertos crecerán en nuestro vientre.

Por eso hay que darle su lugar a la tristeza.
Llorar un rato, un día, un mes o siete años,
de frente y sin tapujos;
dejarse llenar los pulmones de rocío en la madrugada adusta;
apretar contra el papel la pluma hasta rasgarlo;
ladrarle a los perros que le aúllan a la luna
como si supieran qué querrían hacer con ella
si la tuvieran a mano.

Entonces la tristeza nos mirará un poco apenada,
y como a niños hambrientos
nos dejará morir
con pausa y sin incomodarnos mucho.
Diríase incluso que amorosamente.

Por otro lado,
¿quién querría realmente vivir
en esa perpetua idiocia
que pasa por felicidad?
Si la alegría no rehúsa la tristeza
y el melancólico sabe reír mejor que el bobo;
si la dicha más grande se apoya siempre en una pena;
si la nostalgia se alimenta del deleite.

Habrá que cultivar incluso
esa tristeza tierna
que nuestra piel rezuma
cuando la diáfana belleza de un instante
surca nuestros ávidos sentidos miserables
y sacude nuestros huesos endebles.

Pero no a todos acude la tristeza,
sino al que ríe para sí
cuando lo alcanza
la noche a la intemperie;
o a la que llora
tras contemplar
el rostro de la dicha en el espejo;
a quien atiende a su muerte
como se escucha la respiración;
al que conoce el asombro
con que lo bello nos alumbra
y reconoce aún
en los ojos de un niño
el tenue fulgor
de descubrirse vivo.

Y no es que quiera arruinarlos,
la tristeza,
sino que intenta abrazarlos
como se abraza a un niño
que ha perdido a su madre
entre la multitud:
para que pueda vivir en adelante
con el resto de llanto que aún le queda.

¿Qué haríamos, además,
sin la tristeza?

¿Cómo podríamos siquiera
mirarnos al espejo
si nos dejara los ojos
tendidos al sol
para secarse
y se llevara también
entre los pies
todas las nubes?

¿Dónde más resonarían
los ecos fugaces de la alegría
si no ya
en ese profuso hueco
que la tristeza cultiva
afable en nuestro pecho entumido?

Si no anegara la tristeza,
de tarde en tarde,
el pálido rumor de los segundos;
si no diera cobijo en sus entrañas
al aire que nos falta a veces;
si no supieran ya
sus manos de humo detenernos
para mirarnos la sed y el hambre
tejer con hilos de miedo y gozo,
a dentelladas el alma...

Si no viniera la tristeza en fin
a desgajarnos de vez en cuando
las ganas de seguir aquí,
de la lluvia o de la sangre cansina,

¿cómo podríamos soportar entonces
morir al menos,
vivir a veces?

Luego
la tristeza se va a dormir un rato
(dos días,
una semana,
un año o veinte),
y es como si nos hubiera olvidado
y otras cosas en cambio se acordaran de nosotros:
el teléfono lanza entonces
alaridos más audaces;
la cama, serena, nos arropa,
no abotargada y lacia;
el cuadro en la pared
y la pared
con altivez sostienen
su rigidez insigne;
las hormigas
suelen arrojarse
más osadamente
bajo nuestros pasos;
y el reloj se ha vuelto
exorable y quieto.
Hasta que un día
se abre de nuevo
la tristeza en
nuestros ojos.
Y es
como si
uno
se acordara de sí
mientras todas las cosas aún duermen
ajenas al espanto
con que uno les busca la mirada
cada día:

de nuevo el teléfono repica
con la indolencia del plástico y la piedra;
la cama se tumba,
vuelta apenas un bulto,
sobre el suelo baldado;
el cuadro en la pared
ahora nos rehúye la mirada
y la pared
se ve abrumada;
las hormigas
son migajas
de nuestra sombra esquiva;
y el reloj
arrastra
cada tic
y cada tac
como a un cadáver.

Esta tristeza mía
tan rigurosa y verde y como de agua,
descalza a media noche sobre el suelo helado,
pensando, pensando, nada más pensando...
¿Qué hace esta tristeza entre mis párpados,
mirándose las manos imprecisas?
¿Qué murmura entre las sombras que duermen sobre el
[mundo?
¿Qué ojos son esos en que mira,
oliendo a gatos y a una lentitud desmemoriada,
sus propios ojos huecos
y abiertos como gotas
que no acaban
de caer?

SEGUNDA
PARTE

¿Qué hacer cuando anida
debajo de la cama
la melancolía?

No es que haga nada
(no muerde, no rasguña, no hace siquiera ruidos raros),
pero uno escucha su respiración
y sabe que es ella,
y es como si debiera compartir con ella el sueño
y todas las pequeñas reliquias que ha podido reunir durante el
[día
(una mirada, dos aromas, dos palabras,
tres o cuatro sabores,
alguna idea
y una pequeña broma por ejemplo):
y uno se esfuerza por ocultárselas
y se pone serio para que no las vea,
pero siempre acaba descubriéndoselas en el rostro
y uno no tiene más remedio que mostrarlas
y darle su porción para que duerma
y no lo tenga hasta la madrugada en vilo.
No sé, quizá ella ni siquiera se preocupa de uno,
o le dé lo mismo que le llevemos un hongo
o un jabón o una naranja.
No lo sé, porque ella siempre nos mira igual:
con nuestros propios ojos
y un insomnio de siglos colgando de los párpados.
Tal vez no le importamos
y ya,
pero nosotros no podemos ignorarla cuando llega:
como un pequeño huérfano al que no podemos
dejar abandonado a la intemperie.

Olvídate del alma,
que no es más que ese hueco
en el que siempre caemos
cuando se nos va la voz
y ya no sabemos decir hambre.

Háblame, mejor, de tu miedo,
cuéntame cómo muere
y dime si hurga mientras duermes tus oídos,
o si espera junto a tu almohada
hasta poder deslizarse bajo tus uñas
sus miríadas de lenguas
como hormigas de baba y sal.

Que tus ojos me expliquen
el ansia sutil
del aire verde de la dicha en los pulmones.

Que mis entrañas palpén
el lento dolor
de no reconocerse,
recién cada mañana,
en el espejo indolente.

Que el temblor del aire me muestre
ese crudo placer que se engendra,
evocando el nacimiento de la luz,
en tu salvífico vientre
mujer.

Dime, finalmente, la tristeza
que sube por tu voz hasta tus cejas
por la noche

cuando ese polvo dormido
le cubre a la gente los ojos
y se queda quieto,
como los hijos que se han ido en la memoria
como las horas que brotan de la ausencia
como quien nunca llegó
como la muerte,
sobre la luz y la cama
y los perros dormidos,
ese maullido atroz
y la tinta
y una vez en mi mano,
y entre las viejas palabras que decimos.

¿Qué hacer,
si muero desde ayer,
desde hace un mes,
desde antes de nacer?

¿Qué
si no podré reír ya más
ni amarte ni soñar
ni emborronar papeles
ni morir?

¿Qué haré
–gimen mis huesos todos,
desde las uñas de los pies
hasta los dientes–
qué hacer con esta carne pesada
con estos nervios vibrantes
con la voz
y la mirada?

¿Qué hacer
–rugen mi piel y mi sangre–
si el zumbido de las moscas
se anuncia ya en el rumor
que hincha estas venas sedientas?

Qué hacer,
no para evitar ese hueco,
ni que el cuerpo se vacíe de mí,
que el silencio me inunde cada poro,
que yo me deje a mí mismo
sin saber dónde

ni cómo
ni por qué.

Qué hacer, eso sí,
para no olvidar que estoy aquí,
para sentir el aire en mis pulmones,
para que el júbilo no olvide mis nervios,
para que esta tristeza no se ahogue en mi garganta,
para que no dejes de mirar estos ojos que te atisban
y no palidezca el brócoli en el plato
ni el vino pierda el aroma a antiguos dioses,
ni callen los perros para siempre.

No es cierto que sea la dicha bulliciosa.
Su sosiego parece, más bien,
la nostalgia de un beso
o el olor de la lluvia
cuando ya ha escampado.

Ni es verdad que la sostenga la esperanza.
Más bien, cuando la dicha nos despoja de palabras
el olvido cubre con su sombra afable
también las promesas falaces
del deseo atolondrado
y la ansiedad tenaz.

Más aún,
puede muy bien la dicha convivir con la tristeza
puesto que ambas se alimentan de la luz
en que las cosas se anuncian
llana y cabalmente
como son.

La dicha aparece,
en realidad,
como un suspiro
mientras pensábamos en otra cosa.
La descubrimos
siempre
cuando ya se ha aposentado
discreta y humilde en nuestro pecho
y ha abierto las ventanas
y el aire nos circula ya
sin aspavientos.

En suma,
que cuando la dicha nos tiñe la sangre
no nos damos cuenta casi nunca
pero sonreímos.

Es algo tan simple
la felicidad,
pero a la vez tan remoto...
Y es que no nos basta
que nos bese la mejilla
mientras nosotros mordemos
con descuido una galleta a medio día
y una mirada tierna nos arropa:
queremos también que no nos deje,
queremos de inmediato desposarla,
guardarla en un cajón de la cocina,
llevarla en el bolsillo con las llaves
o encerrarla en una jaula con alpiste
para escucharla cantar
sin que nos dé un mordisco.

Es algo tan simple,
y sin embargo,
mientras ella nos busca
entre las horas exhaustas de los días
(y nos busca siempre,
en todas partes,
la pobre)
nosotros le volvemos las espaldas
con el pretexto de buscarla entre las piedras.
Y cuanto más empeño ponemos en rastrearla
(esculcamos el polvo,
trasegamos el aire,
queremos oinar
el número preciso
de gusanos
que roerán
nuestras entrañas huecas),

más nos distanciamos
de sus frágiles labios,
de sus dientes filosos.

I

¿Y al final
qué quedaría

si este ronco dolor no palpitara en mi pecho?

¿Qué

sin este miedo rugoso a no encontrarte nunca más,
padre?

¿Y qué

sin esta sed de diario

y sin la hambrienta punzada de las noches enjutas?

¿Qué

sin la vergüenza derruida en la memoria,

sin el estrujado llanto en la garganta quebrada,

sin el espasmo minucioso de la sangre que brota,

sin la ardorosa afronta,

ni el estulto que grita

ni el que agacha la cabeza

para engullir, ambos, su palidez cobarde?

¿Qué sin el golpe nublado en el rostro,

sin la fiebre ruinosa en los huesos,

sin la piedra, en suma,

diminuta y pertinaz,

en el zapato?

II

Acaso,

en efecto,

ceniza o lodo o tierra seca;

una roca quizás

endurecida a golpes de silencio

y vacío

y ausencia
y nada;
un mundo sin ojos
ni deseo
ni fatuas ilusiones
ni muerte
ni palabras;
un ínfimo gránulo tal vez,
un páramo infinito acaso...
da igual
si nadie pudo nunca mencionarlo.

Un día de estos moriré
y estará bien
pues quién querría
no morir nunca.
¿Qué sentido tendría amarte
o despedirme
o encontrarnos en la calle?
¿Para qué verte a los ojos entonces?
¿Para qué el sabor del vino
y el violín que susurra
y el aroma de las bibliotecas?
¿Cómo sabría si las naranjas me gustan más que las toronjas?
¿Cómo sabría qué hacer conmigo?
¿A qué sabrían las habas
o el polvo o tu tristeza?

Acaso un beso se recordaría
como una lámpara
si no muriéramos.

Las mil y una noches serían
una inacabable noche
en la que enmudecen todos
y todos se miran entre sí
como entresijos.

Un día de estos moriré,
quizá mañana
quizá en tres años
quizá en cincuenta,
y estará bien
de todas formas.

Quizá
no pueda durar ya
ni otro segundo...
o tres...
y entonces
habrá quedado inconcluso este poema,
y no veré de nuevo a mi perro que me llama
ni encontraré ya más sobre tu rostro tu mano,
ni escucharé otra vez a Mozart
hablar en los violines,
ni el aroma del café me hará sentir
que hay algo ahí,
agazapado entre las horas,
esperando con paciencia que lo encuentre...
Y aunque nada de eso me guste
y aunque me espante incluso,
estará bien,
porque he empezado a escribir este poema,
y he escuchado a mi perro que me llama,
y he visto dormir sobre tu rostro tu mano,
y he encontrado la voz de Mozart cantar en los violines,
y el aroma del café
me ha hecho sentir
que hay algo ahí,
entre las horas,
esperando con paciencia que lo encuentre:
tal vez entre la hierba una moneda,
un verso acaso
o el súbito recuerdo de tu risa,
quizá ese viejo cansancio entre mi pecho,
quizá, también,
mi muerte misma.

Y no es sin embargo el dolor
ni la tristeza
lo que hace miserables a los hombres.
El dolor es torpe,
arrebatao y necio.
Si no lo dejamos hablar
empezará a gritarnos
hasta aturdirnos el hambre
y la garganta
y la ansiedad
y hasta las uñas de los pies,
pero tampoco habrá que hacerle mucho caso
porque también entonces
acabará
dando alaridos.
La tristeza, por su parte,
siempre nos mira con ternura
y en el abrazo frío que nos dispensa
nos otorga también sabiduría.

No es el dolor
ni la tristeza
lo que hace miserables a los hombres,
sino su cobardía:
temen que el mundo
gire a tenor
de la fortuna
y prefieren clavarle las uñas
e intentar dirigirlo a su capricho
que soportar el miedo en las entrañas
y sonreírle a la fortuna,
que se mofa
de cualquier manera.

Y así,
cuando el mundo los arrastra
prefieren sacarse los ojos
que arrostrarse a su desdicha
y así,
su recelo va nutriendo una esperanza
que se les vuelve esa ceguera
con que hincan al cabo siempre
las rodillas
temblorosas
en el suelo.

ADENDA

*L*éi
que hay menos
mariposas
en el mundo,
y pude comprender,
al fin,
por qué ahora el sol
alumbra
con esa pesadumbre,
y las estrellas
fulguran
más distantes,
y las palabras
de los hombres
resuenan
aún más huecas...

No sé si esta sombra que me sigue es mía
o si me he precipitado entre tus sueños.
No sé cuántas veces habré escrito esto
ni si estoy entre tus brazos o me he ido
(hay tantas cosas qué saber
-que las estrellas son fantasmas,
que el desierto llora por las noches cuando nadie mira,
que los renacuajos son mis primos,
que somos esta súbita punzada en el estómago-
que me he perdido;
hay tantas bocas abiertas
y tantos párpados dormidos,
tantos perros esperando una nube
y tantas nubes deshaciéndose en tus ojos,
-hay incluso demasiados ojos
clavados en una espina
y demasiadas espinas
clavadas bajo mis uñas-,
que la luna no sabe alumbrar la noche
y el sol no sabe ocultar su furia
y yo no sé
qué hora es ya
cuando es la una).

No sé pues cómo atino a decir una palabra,
a mirar una paloma,
a dar un paso tras otro,
tener hambre justo a tiempo
y no saltarme las horas de los días.

Y si supiera cómo preguntar
y a quién
y cuándo,
y si lo hiciera y no me confundiera la respuesta,
quién sabe si sabría recordar lo que me han dicho.

¿N o hay alguien que quiera
simplemente
sentarse conmigo en el suelo
a escuchar el cielo,
alejados de los hombres
y sus ojos huecos
y sus voces rojas
y sus zapatos guardados en el clóset?

¿ *H*ace cuánto que el reloj no nos sorprende
mirando el silencio recorrer las horas
por sus segmentos cabales,
rigurosos,
frugales,
enjutos?

¿Hace cuánto dejamos de observar
el aire que sostiene
las alas de los pájaros
(pálpitos audaces,
sosegados,
abiertos),
y ya nuestros turbados pechos?

Es como si nunca hubiéramos dormido
con los ojos cerrados,
como si siempre soñáramos insomnes,
como si el tiempo mismo
crujiera adentro nuestro
y las entrañas crepitantes
nos tuvieran aturdidos
ya de viejos
ya de niños
ya de morir acostumbrados
ya de vivir inadvertidos.

*H*ay este azul
y ese cielo
y el árbol
y en su estruendo la campana
y tu silencio
y esta ausencia insostenible.

Hay estos garabatos
y en ellos, dormida, tu voz
y entre estas palabras nosotros
sosteniendo la mirada al mundo
sosteniendo al mundo en la mirada.

*H*ay hombres que no son
más que abogados,
contadores o banqueros,
que el resto del tiempo lo pasan descansando de ser algo,
que se saludan de mano con efusión
y algo que parece gusto,
que en el armario cuelgan el alma
(¿y cómo más he de decirlo?)
como cuelgan sus corbatas
y sospechan a veces,
sólo a veces,
que no viven;
a media tarde por ejemplo,
cuando descubren que el café se les ha enfriado sin un trago,
que el reloj demora más cada segundo,
que el hambre se ha vuelto humilde
y hasta un poco juiciosa y ordenada,
que nuestras sudorosas manos ciegas
no sienten ya la vida
que recorre a un lápiz,
que el corazón palpita apenas por costumbre,
que el tiempo cae
hecho ceniza
sobre el cenicero,
que nuestra sed cabe en un vaso desechable de cartón
y nuestras horas todas
en un cubículo
de dos por tres.
Pero es apenas un instante lo que dura la sospecha,
porque el teléfono sigue soltando
agrios alaridos muertos,
porque la tienda va a cerrar,
porque la prisa lleva prisa

y hay un día después de otro
y algunos se nos han perdido
entre las hojas de los calendarios,
y nosotros, además,
no somos ni arañas ni pájaros ni abejas.

I

*M*e arrastra mi sombra hacia la tumba
 con sus dientes rijosos y blancos
 y mis uñas se aferran a mi carne batiente
 y punza su grito en el pulmón ahogado.

Ya los ojos del dolor me ciegan
 y el hambre me devora las entrañas
 y el cuerpo se me ahoga con la sangre.

Se me derraman los sueños al abrir los ojos
 mientras el aire en mi garganta se hace humo.
 Ya mi ausencia me reemplaza cuando hablo
 y me carcome los hirsutos huesos
 mientras duermo.

II

Ya circula por mis venas
 el polvo que mis poros acumulan.
 Ya se anega el pecho
 en su mesticia sedienta.
 Ya el corazón bate limo
 en las entrañas nubosas.
 Ya se abate la umbrosa pena sobre el dorso cansino.
 Ya la ausencia
 ya el hueco
 ya el vilo en que me agoto.
 Ya un túmulo de gatos y de días
 ya los años de anodina ansiedad
 ya la voz que calla o ruge
 ya el eco vacilante
 ya la abulia en las uñas y en los dientes


ya el crujido del hambre en las arañas pacientes
y en mi vientre aturdido
ya la baba que el reloj gotea
sobre tu cráneo vibrante
ya el unánime mugido
que recorre las calles
ya los rezos que agusanan el aire por la noche
ya los cuchillos escondidos en el miedo callado
ya la rugosa oquedad de las palabras...
ya.

EL AIRE (APUNTE)

1

*M*i voz en el aire es sólo una cosa más,
nada en ella se agita
que sea distinto
del seco temblor
de una hoja al viento,
y el eco que responde en el silencio de tus mientes
no es distinto de las ondas
que aquella hoja despertara
sobre el lívido rostro de las aguas.

Y sin embargo,
mis ojos disecan esta dolorosa mano
y su ceguera se asombra de mi voz,
que dice esto.

 El mundo está hecho de lo mismo que anima a las
[palabras
y al llanto del que apenas nace
y al silencio mismo.

La trama del mundo es un poema
musitado apenas
entre sollozos y gritos
y carcajadas y gritos
entre un grito y otro.

¿Qué es eso que late en mis entrañas calientes,
y en el rumor mitigado de las piedras
y en la red minuciosa de la araña,
en el quieto fulgor de una estrella
y en el agrio furor del mar batiente?

Es la dicha del baile,
el gozo voraz del ritmo,
es la fruición del aire
cuando se transforma en canto.

ESTUDIO SOBRE LA
TRISTEZA

El cuidado y diseño de la edición estuvieron
a cargo del Departamento Editorial
de la Dirección General de Difusión y Vinculación
de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.